

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Altair Martins

# La pared en la oscuridad

Traducción de Claudia Solans



Adriana Hidalgo editora

Martins, Altair

La pared en la oscuridad - 1ª. ed.

Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2012

298 p.; 19x13 cm - (narrativas)

Traducido por: Claudia Solans

ISBN 978-987-1556-97-7

1. Narrativa brasileña. I. Solans, Claudia, trad. II. Título  
CDD B869.3

*narrativas*

Título original: *A parede no escuro*

Traducción: Claudia Solans

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© 2008 by Altair Martins

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301

(1054) Buenos Aires

e-mail: [info@adrianahidalgo.com](mailto:info@adrianahidalgo.com)

[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

ISBN Argentina: 978-987-1556-97-7

ISBN España: 978-84-92857-86-9

Impreso en Argentina

*Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en -----  
el mes de octubre de 2012



MINISTÉRIO DA CULTURA  
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação  
Biblioteca Nacional

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura del Brasil / Fundación  
Biblioteca Nacional

A Charles Kiefer, a Luiz Ruffato y  
a Márcia Ivana de Lima e Silva,  
por toda la ayuda de este mundo;

a Márcia, a Santiago y a Manuela,  
por la luz y por las paredes.

*Il faut que nous naissions coupables*

*—ou Dieu serait injuste.*

Pascal, *Pensées*, VII

## 1 [ídem]

Si viera en la oscuridad, Adorno notaría los dos ojos rojos de la rata. Los pelos del hocico examinarían el ambiente, y la rata haría lo más simple: con ocho patas, se deslizaría pegada a la pared de la ventana del cuarto, se detendría junto a un pilar de madera, escucharía los peligros y seguiría hacia una nueva pared donde los olores la harían erguir levemente la cabeza y probar el aire. Y sería en ese momento que, si pudiera ver en la oscuridad, Adorno levantaría los ojos muy por encima de la rata y, en el reloj de la pared, en la imagen del Cristo, vería que estaba atrasado. Sin ser notada, la rata se escurrió hacia adentro de un agujero mínimo del parqué, en un rincón a la izquierda de la cabecera de la cama.

Adorno se movió, teniendo apenas una sensación, y por asalto, de que había dormido un minuto de más, y ese un minuto era suficiente para que todas las cosas hubieran cambiado de lugar. Porque no llegaba al final de la cama. O al cuerpo de Onira. Y entonces la primera cosa que vio fue capaz de asustarlo: a través de la ventana

hubo la repentina luminosidad de un relámpago que él, en el lado oscuro, no logró entender. Y la luz le renovó sensaciones desagradables de que, ¿qué hora sería?, estaba atrasado. Un temblor que había hecho que la sangre se despertara antes que él afirmaba que sí, que estaba atrasado. Adorno intentó erguirse, pero todo era muy difícil. La ventana atravesada de luces, y sus brazos dormidos. Era el reloj apretándole la muñeca. Sobre el cuerpo, el peso de cinco hombres. ¿Si estaría muy atrasado?, que le fuera a preguntar al pan.

Un poco de cualquier cosa, hija,

respondía mi padre cuando yo le preguntaba qué mezclaba dentro del pan. En aquel tiempo el pan hablaba. ¿Tenía harina, padre? y el pan respondía que sí. ¿Tenía azúcar? y azúcar, una pizca de nada, tenía. ¿Tenía huevo? y el pan respondía que tenía huevo, sí. ¿Y harina? ¿Harina ya había preguntado?, pero tenía harina y mucha. ¿Tenía leche y tenía de esto y de aquello un poco más? E íbamos, mi padre y yo, colocando todas las cosas dentro de los panes que, el horno pitando, iban saliendo del mismo tamaño, aunque cada vez la miga ampliara más su complejidad de secretos. Si era verano, me sentaba en el segundo escalón de madera. La escalera llevaba la casa a la panadería y yo me quedaba allí, en la transición entre el padre y el panadero, mirando el pan que humeaba en el plato de loza. Entonces me estiraba el vestido de algodón hasta las rodillas e im-

provisaba una mesa entre las piernas. Y miraba el pan como quien mira el escarabajo de oro. Si lo giraba, era con un respeto como al de las personas de edad, y lo hacía para ver las marcas de la horma, verificar el doloroso pliegue de la herida en la corteza. Sólo entonces, con un cuidado amoroso, lo partía. De adentro venían humaredas de olor. El secreto era blanco. Y miraba a mi padre que nunca se cansaba de trabajar –mi panadero tenía mucha fuerza en los brazos– e imaginaba cuántos panes ya había hecho mi padre, todos todos. Y mi ojo volvía a escarbar la miga blanca del pan preguntándome ¿Qué más pone él aquí adentro? Y finalmente ya estaba yo pasando margarina que se derretía a voluntad. Y una pizca de azúcar como aprendí con mi padre, o con mi panadero, puede ser. Y lo comía sin respuesta, ruidos buenos de la corteza al romperse, satisfacción de dientes que vencen todo, dedo mojado para recoger lo mejor de las migas. ¿Cuántos panes yo había comido ya, todos todos, hasta los seis años, y después hasta los siete, y después y después?

Sentada en su regazo, acompañaba el café. Si hacía frío, las manos calientes de mi padre me calentaban las piernas y el pecho.

No quiero más, padre, estoy llena de pan. Y mi padre venía a hacer aquello que me iluminaba: besaba el pedazo de pan antes de tirarlo a los perros. Un pecado, además, tirar el pan. El pan no besado atraía las ratas.

Un miedo de Adorno: en el atraso no habría pan. Las personas que se despertaban iban hasta la panadería a preguntar por los dornitos, y No hay dornitos porque el panadero no vino. Y cuando salieran a la vida el día ya sería un tanto diferente. De alguna forma estaría dejando a las personas desamparadas, como sin religión.

Adorno se sentó en la cama con dificultad. Los pies ya tocaban la madera fría del piso. En la ventana hubo tinieblas por un buen tiempo. Y él esperaba la luz para que lo guiara hasta la pared. Que se hizo, una breve chispa, pero señalando la llave fosforescente que encendería la lámpara. Cuando se sintió de pie, buscó los pocos pasos hasta la pared. Tanteó la llave de luz. El cuarto surgió, azul, en la pintura que se había ampollado en las tablas antiguas. Finas ripias sobre el vacío de las anchas. Un larguero recorría dos paredes haciendo L. Tales cosas se dispersaban sobre la madera: lata de veneno para matar hormigas, una lámpara de 100W, un candado, una ratonera desarmada, lata de pomada negra para lustrar botas de cuero, un paraguas colgado. Cuando enciende la luz.

En el reflejo sobre la imagen del Cristo del reloj, fue inevitable para Adorno la visión de la propia cara. Jesús de Nazaret, ya herido, resucitado y sujeto a la pared por un clavo, apuntaba el dedo hacia el corazón rodeado de espinas. Adorno se apartó y el Cristo surgió detrás del plástico en un milagro. Un Cristo rubio y de

ojos azules, un héroe de cine. Nada parecidos la imagen y el reflejo. Y fue cuando Le dio la espalda.

Adorno se sostuvo una punzada en el pecho, que corría, punzada bajo el brazo, y caminaba, punzada hasta el reloj. Sintiendo en los ojos que todo el cuarto se evaporaba, Adorno volvió a sentarse en la cama. El dolor, algo vivo, viniendo y viniendo. El dedo del Cristo. Clavando. Y el dedo apuntaba hasta la muñeca. Le quemaba la pulsera del reloj. Entonces alguna cosa tiró a otra cosa hacia arriba, y ambas lucharon debajo del brazo. El brazo entregado a las hormigas. Onira siempre diciendo Hace mal dormir con el reloj en la muñeca, da gangrena en la mano. La mano ya estaba negra, tinta china subiendo por el brazo.

Grito socorro, grito socorro. Onira no escucha. Estoy gritando. La vieja duerme. Hay algo comiendo mi brazo. Despierta, Onira, llama a tu Dios. Es mi brazo, que se está pudriendo. No lo dejes.

Entonces los gritos se detuvieron y, en donde le dolía, Adorno empezó a sentir la pulsación de algo moviéndose solo. Y percibió por fin que, si fuese de verdad la hora de gritar la palabra que fuese, no podría hacerlo. Era absurdo que estuviera acostado cuando se imaginaba sentado en la cama. Efectivamente estaba con la misma ropa de dormir con que se había acostado, y sentirse sofocado era un nuevo absurdo. Las cosas que lo asustaban

eran las mismas que lo habían hecho respirar hondo e intentar levantar la cabeza. Fue entonces que miró hacia el brazo izquierdo, de donde algo se alzó, una forma negra que lo observaba. Pero la cosa, más que observarlo y al cuarto, parecía husmear señales de un mundo externo que acababa de descubrir: la cosa, una trompa, sus arrugas, como de un elefante negro, descendió hasta su cara, examinándole el olor. Adorno gritaba más y más alto. La trompa probaba con aire caliente sus cabellos, después el cuello. Y cuando Adorno gritó una vez más, notó que gritaba el nombre de la hija.

María del Cielo, ayuda a tu padre, una cosa negra, María del Cielo, tu padre, Cielo, mi brazo, una serpiente, una cola de rata, una cosa de elefante, María del Cielo, igual a un elefante, Cielo, arranca, niña Cielo, arranca la trompa del elefante, máatala para tu padre, no te quedes mirándome de ese modo, arranca eso de tu padre, arráncala, arráncala, niña bonita del padre.

En lo que se agitaba la trompa en el brazo, María del Cielo estaba acostada al lado del padre, la cabeza hundida en la almohada blanda. Al escuchar el nombre pronunciado, una niña se destapaba. Que no era más una niña. Estaba con la ropa de la madre, inclusive los suecos. Y María del Cielo ya le había dicho con firmeza a Adorno que no durmiera con el reloj en la muñeca, que todo eso daba gangrena en la mano.

Arrodillada, la hija quería hablar al oído del padre. Pero la trompa, sintiendo la proximidad, venía a probarle los olores del cuello, de los cabellos, debajo del brazo, por dentro del vestido. Al principio María del Cielo tuvo miedo, y la repulsa venía del hecho de que era una trompa, y negra, y de piel áspera como la mano de un viejo. Pero entonces, pasando las manos por los cabellos del padre, María del Cielo comprendió bien y se dejó tocar. Cuando la trompa le examinó la cara, la niña cerró los ojos y comprendió más íntimamente aún. Y sosteniendo la carne áspera, trazada de surcos, era una niña mujer que se acostaba al lado del padre. Ambos miraban hacia el techo y percibían la luz desvaneciéndose hasta extinguirse.

Murmuraban.

“¿Sientes dolor, Adorno?”

“Duele por dentro.”

“Dame, Adorno.”

“Oh.”

Si Adorno pudiera ver en la oscuridad, vería a la hija tomando la trompa, que besaría como si, en el pedido de bendición, besara la parte superior de la mano de su padre. Y, aun en la oscuridad, Adorno vería a la hija apretar su mano entre las piernas. Ella hablaría del miedo a las ratas y no estaría usando nada bajo el

vestido, el cuerpo igual al de la madre cuando era joven. Aunque sobre la cama, calzaría también los mismos suecos que usaba Onira cuando Adorno la conoció.

“Calma, ya va a pasar.”

Y en la oscuridad Adorno sentía desvanecer el dolor del brazo. Un alivio bueno le caminaba por el cuerpo hasta los ojos. Durmió. Pero, al despertar, estaba ya la luz de vuelta en el cuarto, Adorno vio: la pared era transparente, y Onira escuchaba del otro lado.

## 2 [dos comprimidos]

Me desperté con la espalda de Adorno pesando no sé cuánto en mis piernas. Y él gritando muy alto Onira, Onira. Una cosa de lo más horrible. Por la cara blanca que ni cera y su mano apretándose el brazo, ay ay ay, Señor, enseguida vi que se estaba sintiendo mal. Le pregunté a Adorno, ¿qué pasa? y él se quedó con los ojos cerrados sin decir nada, y yo sentí que era algo de su corazón. Le pasé la mano por la frente, y ni transpiraba en la frente, Adorno. Tenía unas ojeras moradas, casi negras, de este tamaño, y los ojos arrugados parecían arrancarle una porción de algo que le dolía allá dentro de su cabeza, así, ni que tuviera un bicho comiéndolo por dentro. ¿Sientes dolor? Habla conmigo,

lo sacudí todo y pedí al Señor que me diese una estrella de aplomo. Adorno sostuvo mi mano y de ahí intentó hablar, pero no salía palabra alguna de su boca. Imaginé un montón de cosas de lo más terribles, pero él sólo intentó hablar, y ahí entonces después esperé un poco. Pero después me quedé temblando de nuevo y tomé sus brazos más fuerte todavía. Salva, Señor, porque poca gente es fiel entre los hijos de los hombres. Miré la faz del Señor Jesucristo en el reloj de la pared, pero todo oscuro en el cuarto, y de ahí entonces no veía el ojo del Señor, pero yo sabía que el ojo del Señor está más abierto cuando hay falta de luz.

Puesta a su lado, Onira lo sacudía muy levemente. Como vio un vaso de agua sobre el tocador, ella mojó un pañuelo. Cuando volvió para humedecer la frente del marido, Adorno ya estaba sentado en la cama. Miraba a la esposa que tenía la cabeza apoyada en la pared. Después miró al Cristo, acordándose de todo. Por fin, se examinó la mano. No sabía si la primera vez que se había despertado no había sido un sueño.

¿Qué tienes?,

Onira preguntó enseguida, preocupada por mí. Nada tengo, dije, mintiendo y no mintiendo, porque ella me miraba allá adentro de los ojos, y entendí que mi cara debía de estar insistiendo con lo contrario. Onira no cambió de expresión. Se sentó y se quedó

quieta mirándome. Sus manos sobre las rodillas me daban pena. Si no conociera a Onira, hasta podría pensar que estaba teniendo algo también. Sólo un mareo, dije, para cerrar el asunto. Y ella tomándome por las puntas de las manos, diciendo que yo estaba blanco como una vela. Confesé que era un dolor en el pecho, y ella vino a consultar con la mano. Ay, Cristo, ¿qué hago?, y yo reía mirando al Cristo que parecía decirle que colocara el dedo, como en la imagen, en mi corazón. Y fue ahí que ella se levantó. Los ojos buscaban algo en el cuarto. Pero el Cristo apuntaba firme: era el corazón. Tu remedio, tu remedio, buscaba ella.

No quiero,

dijo él ni que yo fuera un bicho y agarró y apartó mi mano con una fuerza así, que me llevé un susto y vi que ya se había mejorado, ya. Pero él no quería ningún remedio. Ahora no quería, ¿y enfermo lo iba a querer? Yo buscaba. Yo sabía que él había escondido el remedio. Busqué. También al médico lo engañaba. A veces ni iba. Un médico de esos y el saco de trastos que juntamos del patio para llevar al basurero daba lo mismo.

Cuando encontré el remedio dentro de la caja, en medio de aquella montonera de porquería que él compraba y no tomaba, insistió en levantarse y decir que no quería. Pues tomé el vaso de agua, lo llené de agua y se lo llevé para que bebiera y coloqué dos comprimidos en su mano y pedí la paciencia del Señor

y dije a Adorno Bebe. Y de ahí él se quedó con esa cantinela, y yo con ganas de metérselos garganta adentro. Bueno, ¿el patrón ahora no quería el remedio? ¿Quería porfiar y permanecer blanco con dolor en el pecho y yo arrancándome los cabellos de preocupación por él? De ninguna manera. Así, oh: El doctor receta el remedio y tú, que no eres doctor ni nada, bebes el remedio. Y dije que el Señor sólo ayudaba a quien se ayudaba. Y él me miró bien bravo, pero ahí permanecí firme. El color bajo los ojos ya era bueno, pero creo que era de la sangre subiendo. Se puso de pie, y yo me quedé frente a él. Todo aquello era por causa de sus nervios, yo lo sabía. Ahí entonces atacaba su corazón, los nervios. Si yo no era doctora, era su mujer y conocía cuando él se ponía enfermo. Y le dije que porfiado así sólo la mala hierba.

Protestando, ella me seguía con el vaso de agua y los comprimidos en la mano, cada uno del tamaño de un botón de chaqueta. La boca casi que se mordía. Peor que el remedio: mujer repitiendo la cantinela: que yo debía tomar dos patacones. Buen tamaño para meter en su trasero. Mejor tomar. Comprimidos. Uno. Vaso de agua. Tomé. El primer comprimido bajó rasgando la garganta y llevó cuatro tragos de agua del vaso. Después fue el segundo, menos peor que el primero. Fue ella la que hizo cara de quien lo hubiese tragado.

¿Preocupado por María del Cielo?, pregunté. Me miró con fuerza, pero yo lo miré con más fuerza como quien toma y dice No tengo miedo, no, de mala cara, que con mujer de bigote nadie puede, y me apretó el brazo y por eso dije que La voz del Señor separa la llamada del fuego.

Iba a reírme de ella, pero no me pareció bien. Antes que me olvidara: a las nueve venía Marcondes para hablarme de una camioneta nueva. Si yo no llegaba, que lo mandara a entrar y esperara un poco. Creo que volvía antes de las nueve. Como ella continuaba mirándome, repetí alto que volvía antes de las nueve.

—No necesitas gritarme ahora, soy tu mujer, no tu felpudo. El Señor vigila y también rige.

La mandé a la mierda y le volví la espalda.

### 3 [el comienzo del temporal]

Hay cosas en mí que recuerdan a los otros. Esto de escuchar paredes, por ejemplo, es mi madre. Siempre la vi haciéndolo, hasta descubrir que Doña Onira no buscaba el otro lado. Escuchaba la pared, el propio centro. Y entonces eso de saber lo que hacen en el cuarto del otro lado de la pared, eso que se agita en mi sangre,

eso es mi padre. Don Adorno preguntaría: ¿hacen ruido ellos dos? Ojalá que sí. Pero eso no es lo correcto, padre. Entonces, a la puta que lo parió con lo correcto, hija. ¿Sólo hay correcto para mí ahora? ¿Es justo el cuarto de al lado? Sí, padre.

Aunque no lo fuera, María del Cielo no lograba dormir. La compañera de apartamento llevaba a un profesor a la cama, una cama casi al lado de la suya, de no ser por una pared. En la oscuridad, con todo, era en realidad un solo cuarto. Y parecía posible estirar la mano y saber qué hacían. Qué ganas de tomar lo de él y colocarlo en la de ella.

Fue esta mañana: Lislá me pidió que hiciera una torta, y yo dije La hago. Para el cumpleaños, me dijo ella. Bueno, si es torta de cumpleaños, mejor comprar las velas y el glacé pronto, queda más bonito. ¿Cumpleaños de quién, eh? Ella me fue explicando, y me senté para escuchar. ¿Tu profesor, loca?

Vi que ella pensaba así la hago no la hago, y le dije A él le va a gustar, y miré hacia su cuerpo. Quise decir y no pude pero, si a él le gustaban las mujeres, le gustaría dormir con ella. No era fea, sólo la nariz. Era negra con nariz de blanca, sólo eso. Lo importante era sacarse la ropa y dejar de ser niña. El resto era cosa de él —¿no era profesor?

Una o dos veces yo lo había notado: Lislá tomando un baño, yo orinando y viendo. Una borra de café. La

cosa de las mujeres era más bonita que la de los hombres. La de las negras venía cargada con toda esa combinación exótica de los animales del África. Ella no era delgada ni gorda. Una cintura para usar cinturón de muñeca. Las piernas bien gruesas. Y entre nosotras dos no hubo más porque tal vez había sido sólo curiosidad. O la presencia de mi padre. Ella con champú en el cabello, y recordé a don Adorno, como si él la estuviera mirando –yo orinando y él apoyado en la puerta. Mi padre discutía con mi madre: me quedé escuchando y él estaba borracho. Dijo alto que sí le gustaba, que le gustaba la mujer con la cosa bien grande. Mi madre lloraba. Yo ya había escuchado a don Adorno diciendo palabrotas, pero era la primera vez que lo oía hablar así con mi madre.

El ruido de las llaves fue evidente cuando llegaron. Saqué la torta de la heladera y la acomodé sobre la mesa de la cocina, conforme pidió Lislá. Ella sólo metió la cabeza adentro, escondiéndome al cumpleaños, y fui a apagar la televisión. Hice señas de que todavía necesitaba colocar los cubiertos. Y los coloqué. Lislá pasó frente a mí con un vaso en la mano y fue hasta el balcón. Entonces clavé las velas mágicas y corrí para mi cuarto.

Imaginé todo muy rápido: ellos comían la torta, tomaban media cerveza, un beso en la boca, él aguantándose apenas, y el vestido blanco que ella usaba llevaría a los dos a la cama. Oí a Lislá cantando feliz cumpleaños.

Me acosté para imaginarlos mejor y me quedé escuchando ruidos de cubiertos y raspas de conversación en la cocina. Demoraron bastante hasta que fueron a la sala.

Me desperté con una risa y miré el reloj en la oscuridad: poco más de medianoche. Me había dormido, de cansada. Un día en que había vendido poco y trabajado mucho. Un ruido. Ellos estaban en el cuarto. ¿Algo? Mi padre decía que las mujeres de color eran aguantadoras.

Entonces ahora sé. Aunque no haya un tercer cuarto, mi padre saldrá de alguna mancha oscura. Entrará en el cuarto de al lado y borrará al profesor. Entonces, aunque yo no quiera, será mi padre sobre una niña. A mi lado es sólo lo concreto que transpira. Pero escucho a don Adorno afianzando un mito por encima de los ruidos del ventilador. Es él: está ahuyentando las ratas que me pertenecen. El miedo será mi madre fingiendo que no hay nada además de los ladrillos. Lislá se quedará sin ropa, de bruce, él encima, y entonces todo el miedo se refugiará dentro de las paredes como siempre fue. Aunque lo niegue, me siento encima y después soy yo debajo también. Y experimento una nueva sensación de ser los dos. Pero de hecho estoy entre el miedo y lo que ocurre del otro lado, donde imagino más oscuridad. Del lado de acá, me arranco lo que visto. Ya me conozco por dentro y sé calmar

mis animales para que sean hembras y machos menos repugnantes. Pero de repente oigo un trueno y me da un asco sorprendente. Sé que disolviste la pared entre nosotros, padre, y tu mano oscura está cerca. Las ratas en fuga y sus ojos rojos te anuncian. Están conmigo, buscando dónde esconderse hasta que pase el temporal y el mundo esté disponible para un día más. Pero, padre, no hay ninguna rata en este cuarto. Pido que salga. Ya sé, ya sé. Ya lo imaginé más de una vez, padre: usted me da un pan y dentro de él hay una rata muerta. No puedo más. Por eso me vine a vivir sola. Sé que va a llover, pero tengo un paraguas. Déjeme.

La pared no le decía nada más. María del Cielo se quedó escuchando acostada hasta oír un nuevo trueno. Parecía la voz del padre expulsándola de casa: era enfrentar los ladridos del perro y abrir el portón. Todo el cuarto estaba oscuro, pero él la miraba. Ojos rojos. Un tercer trueno, y por la ventana ya era posible percibir el comienzo del temporal.

#### 4 [los candiles del Señor]

Sí,

Adorno agarró y dijo. No, no lo necesitaba: es falta de vergüenza en la cara no admitir las cosas. Codiciaba lavarle la boca con jabón antes de que dijera todas esas

tonterías de mi hija. Dentro de mi casa es la casa del Señor, dije así de fuerte, y él hizo el que se reía. En su cara de sorpresa le vi la preocupación. Se quedó buscando la chinela, huyendo y huyendo de mí. Lo agarré, para que no bajara la cabeza. Él dijo que iba a la ducha, y busqué en el ropero una toalla y la ropa planchada. Ecurría agua de las paredes del cuarto de baño.

Onira fue conmigo hasta el baño. Una sombra. Yo sintiendo que ella quería hablar sobre María del Cielo, y yo no quería hablar. ¿Hablar de qué? Mi hija se iba de casa para vivir sola, con otra joven que yo ni conocía. Era una negrita. La gente andaba diciendo cosas, dos mujeres juntas, que ya habían visto a las dos de la mano. Que se habían casado. Si se habían casado, si se chupaban y les gustaba rozarse pubis contra pubis, problema de ellas. No quiero saber. Me da asco. Puedes gemir salmo por salmo cuantas veces quieras, Onira, que en mi casa es el padre quien grita.

Adorno había dicho bien fuerte semejante barbaridad. Me quedé quieta con una cosa tan fea, que parecía que tenía la punta de una espina en la punta de los dedos. Pedí al Señor la fuerza para sacar el agua que había entrado en mi alma y pedí que Él le diera un perdón a mi marido. Me crucé frente a Adorno y coloqué su ropa encima de la tapa del inodoro. Lo miré, y él se estaba sacando la ropa de dormir. ¿Sólo

porque ahora vivía sola mi hija era una perdida? María del Cielo está bien, dije. Se sabe cuidar. Está trabajando. Él diciendo una cosa más horrorosa, que María del Cielo estaba casada, que ya no valía la pena rezar por ella, y yo dije mirándolo bien que él era un burro, y él dijo que la vieja burra era yo, y dije que hasta por él, que tenía las ideas torcidas, miraba el Señor porque el Señor era justo, y que María del Cielo era mi hija, que tenía más de dieciocho, ya se manejaba, que yo no creía que cualquier amiga suya era ahora su novia, ¡no lo creo!, ¿sólo porque la amiga era una joven de color, entonces mi hija ya no podía tener amigas?, que en cualquier casa de familia había alguna hija viviendo fuera, pero sólo en mi casa que mi hija vivía fuera y tenía algo con la otra que no tenía culpa de nada, y de ahí él gritó que Basta, Onira, basta, Onira, e insultándome con un montón de cosas sucias más, y yo apreté bien los dedos para no gritarle a él también que ni él me gritaba. Pero el Señor me ayudaba, y dije que el Señor iba a agarrar y le iba a cortar la lengua, y él abrió el agua de la ducha y fue de nuevo nervioso con la cantinela de Viviendo con otra, y tal y cual. Ella se había ido de casa hacía semanas, no llamaba al padre, sólo a la madre. Que ella discutía con él que ni que fuera un perro. Que a pesar de todo, él era su padre, y eso yo lo sabía, él no necesitaba agarrar y ponerse a repetirlo para mí. Que él no era burro, que sabía, y todos sus amigos ya habían dicho que su hija era eso, el chupetín de la

negrita. ¿Amigos? Y agarré y dije que quien dijo eso sólo era amigo a la hora de la cachaza. Vino con el parloteo de que María del Cielo no quería trabajar en la panadería con él porque tenía vergüenza de su padre, que era panadero. Que la había mantenido con pan, con callos en las manos, y me mostraba. Que agarrara y fuera a mostrarle a Santo Tomé, porque yo ya sabía. Que si ella trabajaba en la florería, que agarrara y se las arreglara sola para ser médica de animales y mantener a la novia. Tenía más amor por los animales que por el propio padre. Si María del Cielo llamaba, él agarraba y decía que si ella había elegido vivir con la negrita, era su manceba, que no necesitaba volver. Y le grité que parara con eso, que eso me zapateaba adentro de la cabeza, y le dije que mi escudo era de Dios, que salvaba hasta a quien no era recto de corazón.

La ducha.

Le dije, yo llorona ya, No me hagas enojar, y que si no fuera de mañana bien temprano pensaría que había bebido para estar diciendo tantas palabras sucias. Y él se quedó hablando solo. Era que ni la hija, que hablaba así sola. Y yo dije que cuando todo era una sola negrura, el Señor bajaba una candileja para iluminar al justo.

## 5 [perros guardianes]

Sé que era feriado, pero había reglas en la facultad: el pasillo del hospital debería estar libre, siempre, decía la placa de una pared, para el tránsito de animales de la emergencia. Pero el muchacho de barba insistía en quedarse con el niño y el perro cerca de rayos X. ¿Si no era un caso de emergencia? Traía al animal al hospital de la facultad, pero no quería un estudiante. ¿Por eso era gratis? Porque de ahí entonces ponían una yegua para atender a las personas, ¿así era? El fin del sufrimiento. Yo dije que era la regla: teníamos que llenar una ficha.

—El asunto es el siguiente: nuestro padre bebe como los demonios. Vino a casa, eso fue el sábado, para llevar a Felipe —ese de ahí— a pasear. Pero ahí ocurre que él no paga pensión y hay que vino borracho para armar gresca. De ahí la madre dijo que de aquel modo no liberaba a Felipe. Puta que lo parió: el tipo discutió con mi madre, llamándola de un montón de formas. Cuando lo vi, él le iba a caer encima. De ahí fui y me metí. Le iba a dar en la cara porque él nunca fue mi padre en realidad. Pero de ahí Moisés, el perro, se le abrazó en las piernas y lo derrumbó y se le fue encima, hasta parecía que lo iba a matar. Le tiré agua, le di con la manguera y nada de que el bicho lo soltara. Felipe lloraba y mi madre gritando. Entonces de ahí le di al perro con una tacuara, para que largara. El animal,

con los ojos dados vuelta. Moisés es cruza con manto negro. Casi le partí la tacuara en la cabeza. Creo que del tacuarazo le quebré la pata. Después se escondió en un rincón y no me dejaba que me acercase. Sólo permitió que lo tocáramos hoy a la mañana. Hasta me pareció que el animal se estaba muriendo.

—¿Y el padre de ustedes?

—Se levantó y se fue, todo reventado. Pero creo que ni lo sintió. Propiamente anestesiado.

—¿Y no lo ayudaron?

—Casi que lo pensé, pero de ahí él vino a llamarme un montón de cosas que me pareció que no valía la pena.

Si yo fuera el perro, todavía hacía peor,

comentó el barbudo, e inmediatamente mi padre y todo lo que él me dijo fueron volviendo a la vida. Algo atorándose en la garganta, y el muchacho y el niño presionando, y el perro, muy parecido a Placebo, y yo buscando amparo alrededor. El profesor Edicarlos vino a entender lo que ocurría.

Dejé al profesor hablando con el barbudo y fui a examinar el perro. Era un cuzco caramelo, de porte mediano, con una franja oscura en el dorso. Increíble el parecido. De las orejas, de la región de los ojos y hasta el hocico, los pelos negros contrastaban con el beige. Los ojos, siempre en mí, siguiendo mis movimientos, estaban caídos, con secreciones en los bordes. Eran los

mismos ojos. Estaba muy delgado, los huesos salientes, sobre todo la espina dorsal, encorvada. Tenía heridas en el codo, patas y orejas. La almohadilla de la pata delantera izquierda estaba comida. El olor a podrido era fuerte. El profesor se agachó también. El niño sostenía una oreja del perro. El perro dejaba extendida la pata trasera herida. En el dorso, muchos arañazos. Marcas de sarna no muy recientes. El niño no lo soltaba. Los brazos del niño también tenían sarna.

—Él me cuida, y de ahí yo lo cuido.

Felipe.

Acaricié al perro, y él temblaba de debilidad, siempre intentando levantarse. Miré la pata con cuidado. Quebrada. A la altura del fémur. ¿Caso de rayos X? Fue lo que el profesor me preguntó. Sí.

—Termina de examinar, me dijo, voy a explicarle al muchacho lo que se puede hacer.

Me quedé mirando al perro y le pregunté al niño cuál era el nombre del animalito.

—Es Moisés. Mi nombre es Felipe.

—¿Tu padre se lastimó mucho?

—Había bastante sangre. A Moisés no le gusta mi

padre. Mi padre está separado de mi madre. Él trabaja desmontando teléfonos. Mi madre dijo que él roba cables de postes para después vender. Cuando viene allá a casa, el sábado de vez en cuando, se pone borracho e incomoda. Pero mi madre lo deja a Moisés suelto en el patio a causa de los ladrones. Pero yo creo que es para que mi padre no vuelva.

—¿Cuándo se fue tu padre?

—No me acuerdo. Yo era pequeño, creo.

—¿Y cuántos años tienes, Felipe?

—Cumpló ocho el día 11 de marzo.

Bajé los párpados del perro. Parecían muertos. Ojos de animal débil. Miré los dientes y las encías. Eran buenos dientes. Lo sostuve por el codo. El perro era casi idéntico.

Le pregunté al muchacho barbudo si el perro tenía vacunas y dijo que no. Dijo algo sobre perro de pobre. ¿Ni contra la rabia? Y confirmó muy firme que no. Parecía ofendido. Si su padre se había herido mucho, pregunté, y el muchacho me miró a los ojos y después miró al perro y dijo que el padre no corría ningún riesgo de agarrar la rabia.

El profesor volvió diciéndome que preparara al perro. Me pidió que llenara una solicitud ahí mismo de pie. Llevamos al perro a la balanza.

El niño quería porque quería ayudar. Ayudaba entonces si soltaba un poco a Moisés. Le dije eso. Después

le pedí que le sostuviera la cabeza. El animal estaba muy débil.

Pesaba 14 kilos. Anoté.

El perro agitó levemente la cola. Era muy parecido.

Tomé un carrito y el profesor me dejó con Moisés.

La sala estaba caliente: después del temporal todo parecía vapor de pava. Aparte de todo, era el olor del desinfectante que dolía en la nariz. El profesor trajo al barbudo para hablar de la pata quebrada, que parecía ser un trabajo complicado. El barbudo me miraba. Cuando el profesor volvió, el muchacho intentó explicar cosas sobre la persona que había sido herida. Ni mencionó que era su padre. El profesor Edicarlos explicó que probablemente tuvieran que poner pernos en el perro, y esos costos la facultad no los pagaba. Sin rayos X era difícil saber el estado de la pata. ¿No había nada que hacer? No, no lo había. Él iba a abrir la pata, pero ¿y si fuera el caso? Dijo cuánto costaba. El muchacho no quería pagar. ¿Amputar? El muchacho creía que mejor no, y miró para certificarse de que Felipe no escuchaba. Que le diera la inyección entonces. El profesor habló de la clínica que tenía, que allá lo hacía en tres veces. Curaba la pata con seguridad. El muchacho dijo que intentáramos hacer lo que se pudiera allí mismo. Que firmara entonces, diciendo que asumía la responsabilidad.

Me llevé el perro. El profesor me seguía.

—¿Qué vamos a hacer con el perro, profesor?

Y por unos instantes me dejó sola.

## 6 [el pan y la manteca]

Allá afuera parecía todavía de noche. El temporal continuaba intenso en la ventana basculante.

De pie, inmóvil, Onira miraba fijo al marido. Desde que había entrado al baño, ella permanecía con la toalla bajo el brazo.

Adorno ya no hablaba. Estaba de espaldas y se enjabonaba el cabello. El ruido de la ducha combinaba con la lluvia. Una mosca que estaba sobre el lavatorio voló hasta las chinelas de Adorno, trayendo a Onira de vuelta de un ahogo. María del Cielo viene hoy, dijo ella. El ruido de la lluvia. ¿Cómo sabes?, preguntó él, espuma en la cara. Onira arregló las chinelas que el marido había dejado dadas vuelta, un mal augurio. La mosca alzó nuevo vuelo y desapareció. ¿Cómo sabes?, él de nuevo. Cuando llueve las moscas y los niños resuelven aparecer, dijo ella, y extendió la toalla en el lavatorio.

Mientras él se vestía, Onira puso la mesa. Adorno miró el reloj y notó que estaba un poco atrasado. Después abrió las hojas de una ventana y un viento súbito entró en la casa. Día más extraño ese, que no amanecía. Fue hasta la puerta, división entre la casa y la panadería,

y giró la aldaba. En un paso, escapaba por unos instantes de la hija y de la mujer. Pero sólo por unos instantes. Era su desventaja: una sola pared entre el trabajo y la casa. La hija machona, durmiendo con otra, y todo el mundo en Piedras Blancas sabiendo, comprando pan y pensando, y comprando pan y comentando que el panadero era padre de una machona. ¿Había cabida para eso entonces? No la había. Machona, sabía que sí. El sueño.

Se puso a hacer panes. De ahí en unos instantes salía a distribuirlos. Incluso las panaderías que fabricaban los propios panes recibían los suyos. El pan de Adorno. El dolor todavía mordiendo debajo del brazo. ¿La hija había sentido alguna vez una cosa de esas? La hija de uno era hija de uno hasta un cierto punto. El sueño de nuevo.

En la cocina, el olor a café en el paquete recién abierto. Onira dobló el filtro, lo puso en el colador y de ahí a la cafetera. Dos cucharas y media. El hombre en un solo nervio, que no hablaba más que disparates. Pero el Señor conocía el camino de los justos. Puso a hervir una pava de agua. Sólo faltaba que no quisiera comer y salir hecho un loco con el estómago vacío.

Midió dos tazas de leche. Las puso en la lechera y de ahí al fuego. Encendió con un fósforo testarudo. Viejo burro, toda la cuestión eran sus celos de la hija.

Adorno casi nunca hacía los panes solo: aquel día era feriado y ninguno de los muchachos vendría a trabajar.

Por eso, si estaba atrasado, lo estaría aún más. Sacó la tapa de los potes plásticos. La masa del dornito, el pan y el secreto, debía reposar una noche. Probó la masa. Demasiado crecida. Necesitaba cortar de nuevo: los panes grandes nunca fueron dornitos. Adorno espantó dos moscas.

Rápidamente el horno a gas fue pitando, y el milagro ocurrió. De la cocina venía el olor a café filtrado y Adorno imaginó varias veces a la hija en la mesa, esperando al padre con los panes. Y entonces algo le pinchaba en la cabeza: ¿si tuviera la culpa de todo aquello y la hija jamás perdonara al padre? Pero venía la nube de la discusión que habían tenido: sin luz en la casa, el padre y la hija afilaban los ojos y listo: ella rompía la rienda para irse y él tenía alguna cosa podrida para decir. ¿Pero culpa dónde? María del Cielo y la amiga usaban la misma ropa en el ropero, compartían las cobijas. Hasta que el olor de los panes lo salvaba del cuarto imaginario, trayendo una sensación de hambre que hacía días Adorno no sentía. Y era bueno. La hija, que se quedara donde estaba. No admitía eso de mujer con mujer bajo el techo de su casa. El sueño que incomodaba.

Adorno llenó dos cestas de mimbre, el pan sobre el pan. Era el suficiente para las panaderías en el feriado.

La lechera había silbado. Onira tomó la manteca de la heladera, fue pelando el embalaje, y la punta de la tableta apareció.

Cuando entré a la cocina, trayendo unos seis dornitos, la mesa estaba arregladita como Onira. Todo en crochet que ella misma se esmeraba en hacer. Daba gusto. Me senté y me llevé un susto delante del platito vacío en la mesa y pensé que era para una tercera taza, y que entonces María del Cielo había venido igual con la lluvia. Pero Onira dejó la tableta de manteca y después puso la leche en mi taza. El blanco con olor a remedio, el olor que la leche agarraba de la bolsa plástica. No logré soportar el asco y pedí sólo café. ¿Negro? Negro. Onira se extrañó y allá vino con esa cara suya de mañana-temprano. Era asco de la leche, pero en seguida venía ella con lamentos de la hija, y a mí me daba asco por todo. Agarré y, antes de que comenzara, le cambié la taza. Listo. Coloqué café y azúcar. Mezclé bien y probé. Buen café, así, fuerte. Alcé los ojos hacia Onira, y ella comía un pan que, cerrado con manteca, levantaba humo todavía. No dejaba de mirarme. Yo lo sabía bien: quería hablar sobre María del Cielo. Agarré y abrí un pan al medio, casi quemándome los dedos. La miga suelta. Onira todavía me miraba. María del Cielo, comienza ella. Trago el pan y ya la mando a que se vaya a dar por el culo ya ya.

A tu hija le parece feo que su padre haga pan,  
fue así que vino y dijo y después se metió un pedazo de miga de pan en la boca que ni un animal. Agarré el asa de la taza, porque la taza había quedado caliente, y tomé un trago de café con leche, a mí que no me

gustaba el café con leche, y agarré y resolví, listo: no le decía más nada. Y él me pidió la manteca, y yo me quedé quieta y le pasé la manteca. Metió un pedazote de manteca en el pan y la manteca se fue derritiendo, y dijo que hasta que María del Cielo se fue de la casa ella comía de lo que él ganaba con el pan. Cuando él se hubiese muerto –Adorno habló así en la mesa– se le iba a acabar la vergüenza por tener un padre que hacía pan. Todo aquello me fue trancando la garganta con el pan y no aguanté, porque nunca tuve sangre de cucaracha, y comencé a llorar y a masticar un pan con fuerza y me dolía el paladar bien en el medio cerca de la encía de adelante, la encía que yo me había arruinado. Que el Señor me amparase. Y Adorno insistiendo que había mucha gente que se iba a acordar de él con nostalgia a causa del pan que hacía. Yo iba a decir que a Dios no le gustaba eso que él decía de esa forma, pero me dolía mucho la encía de arriba y tomé un trago de café y resolví que iba a hablar sin parar hasta llorar todo, pero vi que con sus dedos grandes él colocaba una pizca de azúcar encima del pan, bien encima de la manteca derretida, y era el pan nuestro de cada día, Señor.

## 7 [anestesia]

María del Cielo ayudaba al profesor a colocar el perro en la mesa. El profesor preguntó cuánto pesaba y ella

le dijo. Preguntó cuánto se daba entonces de anestesia y ella calculó. El profesor anotando todo. María del Cielo ya sabía bien los procedimientos. Midió la dosis en una jeringa. Acarició a Moisés, lo preparó bien y clavó la aguja. El perro apenas sintió. En un instante estaría anestesiado, con media lengua afuera. A ella le correspondía afeitar los pelos de la pata. Así, bien de cerca e inmóvil, el perro era de verdad parecido al suyo.

Elegí Placebo no me acuerdo bien por qué. Llovía fuerte, y mi padre esperó a que yo comiera el pan y dijo que Alcira quería hablar conmigo. “¿Qué es lo que quiere Alcira, padre?” Adorno respondió improvisando un plástico sobre nosotros dos, como un ala grande, y prácticamente me obligó a caminar con él. Me volví un solo miedo imaginando cosas equivocadas y el castigo. Pero, mirando hacia arriba, podía ver que la lluvia, aunque fuerte, no nos alcanzaba.

—¿Listo, profesor?

—Todo listo.

Mi padre me llevó al garaje de Alcira, todo de maderas cruzadas, haciendo rombos a través de los cuales, al pasar por la calle, se podía ver lo que había allá adentro. El camión de don Elmiro estaba al otro lado de la calle, y entonces comprendí que él había llegado de viaje. Dentro de una gran caja de cartón, Alcira me mostró los

cachorritos que mamaban. Había también una gallina y sus pollitos refugiados bajo el cuzco amarillo. Desarmé un silo, decía don Elmiro, y quedaron la perra y los cachorros. Pasé la mano por la perra y abrió un ojo que me dio miedo. ¡Iracema!, reprendió don Elmiro. ¡Vamos, niña, elige uno!, Alcira que decía. El que me había gustado de verdad era un cachorrito negro, todo negro, pero Alcira dijo que ya tenía dueño, la pareja de viejitos del final de la calle, en la ebanistería. No tenían hijos, a la vieja le había gustado el negro. Fue sólo entonces que vi a Placebo, el cachorro que dejaba de mamar, rezongando mucho. Placebo, todavía no tenía ese nombre, y creo que fue mi padre quien se lo dio. Era un perro claro, raro en una camada de perros negros. Alcira dijo que habían venido de Espíritu Santo y así lo llamé a Placebo. Fue a mi madre a quien no le gustó el nombre, que era pecado llamar a un perro Espíritu Santo.

Moisés me miraba. Ojos húmedos. Calma, Moisés. El hocico buscaba en el aire alguna cosa conocida. Le di mi mano, y Moisés husmeó, cerró los ojos, aceptó el cariño como si fuera de su dueño. Se rendía a la calma que le detenía el cuerpo.

El doctor preparaba los guantes. Moisés miraba a la pared. Estaba inmóvil como si, antes del sueño, ya estuviese durmiendo. La pata quebrada estaba girada

de modo extraño. Los muchos dientes que le comían la pata de adelante parecían también haberse dormido. Parpadeaba. Y gradualmente el sueño suave llegó a dominarle los ojos, una ola que le subía como si saliera de la pata que no sentía más y lo envolviera hasta alcanzar la lengua. Eran los dientes de la pata que le subían por el cuerpo ahora. Muchos bichos de dientes afilados. Pero él no los sentía más. Los ojos ya estaban cansados. La lengua, fuera de la boca, él ya no lograba retenerla en la oscuridad completa en que lo habían sumergido.

Y el profesor tomó el bisturí y fue abriendo la pata de Moisés.

Gracioso, cuando golpeé la puerta y me grité con mi padre –me iba a ir definitivamente de casa–, Placebo me ladró como si yo fuera otra, una extraña cualquiera pisando el patio de don Adorno. Salí y mi perro mostró de qué lado estaba, porque vino hasta el portón, embravecido. Pero yo no sabría repetir la palabra sin compasión de don Adorno. Entonces cerré el portón y dije Pasa, y Espíritu Santo se aquietó.

El profesor soltó los instrumentos.

–¿Qué pasó, profesor?

–No hay caso. El fémur parece un rompecabezas.

–¿Cómo así? ¿Entonces no se puede hacer?

–Claro que no, María del Cielo. Sólo si el dueño pagara la reconstitución. O prefiriera amputar.

–¿Nosotros no podemos hacer nada, profesor?

–No. Vamos a tener que matar al perro. ¿Me alcanzas el esteto?

–Aquí.

–Calma, niña, estás temblando. Nunca te vi así.

–Estoy calma, pero es que tiene que haber una manera mejor.

–Son cosas que pasan, María del Cielo. La pata desmenuzada de la manera que quedó.

–Pero no puede, profesor.

–¿Hacer qué?

–Algo, no sé.

–¿Qué es eso, niña, llanto?

Busco la salida y no la encuentro. Voy a llorar y no quiero.

–Eso es lo que no puede. Si lloras, no puedes ser veterinaria.

–...

–Esto es sólo una profesión.

–Está, ya pasó. Disculpe.

–No es por mí. Pero piensa bien: la veterinaria es eso. Ya deberías saberlo.

–Lo sé.

—Entonces, si lo sabes, lo sabes. Si no lo sabes todavía, es bueno recordarlo: la veterinaria no es para quien gusta de los animales. El sueño se acabó. Si el tipo no paga, no hay más que hablar. Nosotros hacemos lo que se puede. ¿Eres la heroína de los perros ahora? Si lo eres, vas a pegar la pata de los animales de los otros toda la vida.

—Disculpe. Tengo un perro así parecido.

—Sería bueno que no tengas ningún perro entonces.

—Disculpe.

—Queda así: el perro murió. Estaba débil. Listo. Hicimos lo mejor que se podía hacer. A otra cosa, ¿está bien? No podemos salvar a toda la perrada del mundo, ¿o se puede? Si tú puedes, yo no puedo.

—¿Qué hago, profesor?

—Déjame a mí. Ve a hablar con el niño.

Antes fui al baño a lavarme las manos. Fue gracioso, porque mi madre, escuchando el intercambio de arañazos, no me reprimió palabra alguna. Y Placebo, parece que él escuchaba detrás de la puerta. Fue salir y que él me amenazara. Y entonces ahora que él me vuelve al recuerdo, siento que tal vez yo me haya equivocado. Entonces me acuerdo del tiempo en que Placebo estuvo desaparecido y sólo supe después: mi padre lo había llevado a castrar y no quería que yo lo descubriese. El perro se había transformado, en fin, en el Espíritu Santo. Padre, era propio de él evitar que yo sufriera

por Placebo. Y recuerdo que todo fue siempre así. Mi padre me contó eso sólo tiempo después, cuando yo no sufriría más. Era propio de él sedarme los sentidos. Y todo eso viene a desembocar aquí, y mi profesor me reprende con razón. Mi padre me cercó en el patio. Parece que todavía me acompaña aquella capa de lluvia.

Mis profesores en la veterinaria siempre dijeron eso. Entiendo: al veterinario no le tienen que gustar los animales. A quien le gusta el animal es al dueño. El veterinario hace y listo. Poco talento y mucho estudio. Mano entrenada. Si mi padre me dejó así, mantequita, ocurre lo que ocurrió: veterinaria que llora. El otro día abrí el estómago de un gato. La dueña sospechaba que un vecino estaba envenenando sus gatos. Y ahí adentro tenía un horror: tres ratas casi enteras. El gato había comido ratas envenenadas. Aquello me arruinó la noche. Pero hacer qué, dijo el profesor, era el mundo. Un mundo con facilidades para agredirme con cosas mínimas, y es por eso que a veces odio al padre que tuve, y me lastimo por eso. Mejor haber sido hijo varón.

El muchacho estaba sentado, rascándose la barba, y le dije que el perro no había resistido. Ni siquiera habían abierto la pata aún. Anestesia leve, pero no aguantó. Le pregunté por el niño y me lo señaló con la cara. Iba a llorar mucho, dijo él, a Felipe le gustaba el perro. Que ni carne y uña los dos. Por eso había traído a Moisés para Porto Alegre.

Felipe miraba a los perros encadenados que tomaban sol. Eran perros sin dueño. Los traían para tratamiento y nunca más los venían a buscar. Se quedaban esperando a alguien que simpatizara con ellos. Algunos animales, de tan feos e intratables, lo sabíamos, jamás saldrían más allá del patio interno de la veterinaria.

La pasante me dijo que allí en la facultad había unos perros sin dueños, que ellos los daban. Quién sabe Felipe elegía uno. Como mínimo un bicho apestado. Le dije que no, y ella insistió diciendo que no estaban enfermos, ya venían con vacunas, y yo repetí que no se llevaba ningún perro. Si Moisés había muerto, entonces listo. Que ni hablara con Felipe sobre otro perro, ¿estaba bien? Ella dijo que sí. Tenía los ojos de quien había llorado. Mujer de meterse con cualquiera y yo pensé Puta mierda, ¿cuándo iba yo a agarrar una así?

Le dije al barbudo que todo bien, y lo dejé con las palabras estúpidas. De lejos, Felipe. Habían declarado que el perro había atacado al propio padre. Pero no sé si sentí pena de los dos.

Y fui hasta el niño. La uña de la carne. El niño sabría del dolor que don Adorno me escondió.

—¿Está listo Moisés, doctora? ¿Ya se despertó, con la pata sanada y todo?

¿Doctora, doctora?, preguntaba Felipe.

—La doctora es tu amiga, dije. Y fue sólo lo que dije, sin ningún otro sedante.

El niño se quedó un tiempo parado en el mismo lugar. El barbudo había metido las manos en el fondo de los bolsillos.

—La culpa es de padre, Felipe: él aparece allá todo borracho, y nosotros encima tenemos que golpear al perro hasta matarlo. La próxima vez que padre aparezca, dejo que los perros le saquen los pedazos.

Felipe lloraba.

María del Cielo los dejó. En la recepción descubrió que había llegado un gato. Sospecha de envenenamiento. Lo llevó a una sala. Los ojos opacos del animal. Apenas respiraba. Estaba condenado. Se lavó las manos y fue al teléfono: necesito hablar contigo, Lislá. Una cosa muy fea hoy. Murió un perro aquí en la veterinaria, y ya vi a varios morir así, pero me dio una cosa muy fea porque me sentí culpable. No, la facultad no reconoció el feriado. ¿No te había dicho? Así es, vine a Porto Alegre a cumplir las horas de la pasantía. No estoy bien. ¿Cuándo llegas a casa? ¿No saliste de casa hoy? Voy para casa entonces. Voy a decirle al profesor que

me voy. No me estoy sintiendo bien. No: después yo me arreglo con él. ¿Había algún remedio para el dolor de cabeza en casa? Bueno.

Y oyó: cuando llegues a Piedras Blancas, María del Cielo, trae pan, que me estoy muriendo de hambre.

## 8 [el maná]

Un relámpago, y Adorno recordó que necesitaba ser rápido. Tomó el resto del café. Con el cuchillo de mesa juntó unas migas y se las puso en la boca. Se limpió las manos una en la otra, haciendo ruido. Y se levantó para poner la taza en la pileta. Onira iba a levantarse pero Adorno, ya de vuelta, la retuvo. Se despidió pasando la mano alrededor del cuello de la mujer, diciendo Beso en el oído. Onira puso mala cara: conocía aquel beso sin beso. Siempre le quedaba el pecho con la cosa apelonada del café que no bajaba. Era mejor pasar un trapo en la casa.

Adorno llenó dos cestas con pan: no había bastones, panes de medio kilo ni de cuarto. Para el feriado, sólo dornitos. No sabía dónde había dejado el paraguas. Para no rendirse ante Onira, tomó bolsas plásticas de harina y las cortó al medio con un cuchillo. Las usaría para esconder los panes de la lluvia luego que bajara para la entrega.

Abrió la puerta que daba a la calle. Un vendaval que no vencía el calor. La lámpara de los fondos hacía bailar

un círculo de luz en el piso ensopado con la lluvia. Aun así Placebo salió de la oscuridad, fue corriendo y le saltó en las piernas. Después, casi apoyando el cuerpo en el piso, ladraba y movía la cola, los ojos fijos en el dueño. Adorno sostuvo la cesta contra el pecho y besó un pancito antes de dárselo al perro. En un salto, Placebo mordió el pan de la mañana y volvió a refugiarse de la lluvia.

Entonces Adorno abrió la furgoneta. Adentro, un aire caliente y pesado lo adormeció. Acomodó las dos cestas de panes en el lateral de la furgoneta y cerró bien las puertas, golpeando tres veces hasta que el pestillo se acomodara. Entró en la cabina y, sentándose, se acordó de encender la radio y verificar la hora. La música era muy moderna y bajó el volumen. Eran casi las cinco y media.

Giró la llave. El motor se atascó se atascó, lanzó humo y no arrancó. En un tercer intento, la chapa se estremeció haciendo explotar el olor de gasolina.

Seis menos veinte con sangre en el horizonte. Falta poco para amanecer, y Adorno llegó muy temprano a la panadería Oliveira. Incluso en la oscuridad, una faja de tela que resistía al asalto del temporal avisaba que Abriremos el feriado. Adorno dobló en la esquina a la izquierda y estacionó del otro lado. Aunque era muy temprano, evitó la contramano. Le extrañó la puerta de los fondos cerrada a esa hora. Al apagar los faros, todo se hizo más oscuro, pero resolvió arriesgarse: bajaría ya con los panes y se mojaría un solo viaje. Cuando abrió

la puerta de la furgoneta, tuvo la impresión de que el mundo se caía. En la chapa del automóvil, el ruido del agua era intenso. ¿Cómo salía de casa sin paraguas en un temporal de esos? Sacó una cesta de mimbre por la puerta lateral de la furgoneta. La cubrió con la bolsa de harina, luchando con el viento que le silbaba en el oído, jugaba con su camisa, chicoteaba la chapa del automóvil, intentando robar la bolsa plástica y algunos panes. Sin planear una pelea con el pestillo testarudo, Adorno golpeó fuerte la puerta con el hombro. Cuando dio tres pasos para cruzar la calle, un gran estruendo, un instante más ruidoso que la lluvia, se cerró sobre sí.

Adorno no gritaría, exactamente como cuando sintió el dolor en el pecho al despertarse, no pudo hablar. Un automóvil, y Adorno apenas pudo percibir la luz de los faros en la espalda antes de sentirlo. Y no pudo siquiera saber que era blanco, que sería rápido. El blanco creció, viniendo de la lluvia, una antorcha de luz. Después un frío. El dedo del Cristo. Y de lo blanco, Adorno hizo una nueva mezcla en la que, helado por la lluvia, un hombre desaparecía.

Primero fueron las piernas alzando el cuerpo. El cuerpo que, invertido, llevaba a su lado la cesta de mimbre. La mano no soltó la cesta hasta que algo, antes, se soltase de la mano. Y en seguida fue la cabeza que encontró el capó del automóvil blanco. Y todo el cuerpo rodó cerca del parabrisas, y la cabeza dejando algunos rayos en el lado derecho del vidrio, y las piernas

haciendo siluetas, y todo el cuerpo, tirando todo, cayó por el lateral derecho del auto. El espejo retrovisor externo se hizo pedazos bajo el peso de un hombre corpulento que caía. Y rápido como venía, el auto blanco perforaba el instante.

Una de las sandalias de Adorno casi alcanzaría la vereda. El cuerpo quedó en medio de la calle, los brazos abiertos. Y cayeron los panes en el asfalto. Un hombre muerto, la lluvia, el medio de la calle. Uno de los brazos en carne viva.

De la cabeza la sangre se diluía en la fuerza agresiva del agua. Adorno permanecía en el piso como si durmiera. De no ser por la sangre, la lluvia, un barco pesquero volviendo del miedo, un hombre saliendo con el carro de vender pororó, una madre despertando para amamantar al hijo, un puesto de gasolina como refugio de un ciclista, un guardia nocturno y su dormir, el conductor y el cobrador y dos pasajeros bailando en el sueño, un padre con susto por el rayo, el hombre de la radio y su voz redonda, otro panadero y el dolor en la espalda, y un auto blanco a alta velocidad, siempre blanco siempre blanco con dos ojos rojos si se vieran de atrás. Si no fuera así, la hija de Adorno saldría de abajo de las sábanas, tomaría su brazo más herido y le daría un seno. Pero no ocurrió. De los delirios posibles, el asfalto y el pan, bajo la lluvia incesante. Y todo continuó oscuro en aquella mañana en que la candileja del Señor, en el poste de la esquina, estaba rota.